

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 17

LAS BIENAVENTURANZAS

I. 1. Luego sigue¹: *Al ver la multitud subió al monte y, después de sentarse, se le acercaron sus discípulos y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos»*², y lo demás que sigue. El Señor, que iba a conducir a sus discípulos de lo terreno y bajo a lo alto y excelso subió con ellos a un monte, que sin duda era el de los Olivos, para mostrar por el significado de este mismo vocablo el don de su misericordia divina³.

2. Subió pues el Señor al monte para transmitir a sus discípulos, que estaban abandonando las cosas terrenas y buscando las de arriba, los preceptos de los mandatos celestes como a quienes se hallan ya en lo alto; y para prodi-

gar con un don divino las bendiciones antaño previstas, según lo que David había declarado con antelación diciendo: *Pues dará las bendiciones quien dio la ley*⁴.

3. Y para mostrar más abiertamente la gracia concedida a los apóstoles y el origen de esta bendición tan grande añadió [David]: *Caminarán de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sión*⁵, a saber, al Hijo de Dios, que dio en Sión las bendiciones a los apóstoles. Pues el mismo que entregó antaño la ley a Moisés en el monte Sinaí dio la bendición a los apóstoles en este monte, probando que él es el autor de ambas leyes, según lo que manifiesta el Señor mismo por Jeremías diciendo: *Y les daré una alianza*⁶ *nueva, no como la que di antiguamente a sus padres al sacarlos de la tierra de Egipto, sino que ésta es la alianza que les daré: escribiré mis leyes en sus corazones, en sus mentes las escribiré*⁷.

4. Y eso que antiguamente, cuando se dio la ley junto al monte, le estaba prohibido al pueblo acercarse; mientras que ahora que el Señor enseña en el monte no se le prohíbe a nadie; más aún, todos son invitados a escuchar, porque en la ley está la severidad, en el evangelio la gracia; allí se infunde terror a los incrédulos, aquí se derrama en los creyentes el don de la bendición.

5. Si quieres pues también tú recibir bendiciones del Señor, deja de comportarte según lo terreno, busca la vida de arriba; asciende a la altura de la fe, como a un monte, para que merezcas con derecho ser bendecido por el Señor⁸. Pero veamos ahora cuáles son estas palabras de bendición.

II. 1. *Bienaventurados, dice, los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*⁹. Conocemos ciertamente a muchos pobres, pero no son bienaventurados sólo por ser pobres; porque no nos hace bienaventurados la penuria de la pobreza, sino la fe de una pobreza devota. Pues sabemos que muchos carecen, sí, de los bienes del mundo, pero no abandonan en ninguna manera sus pecados y son extraños a la fe en Dios; es claro que a éstos no se les puede llamar bienaventurados.

2. Y por eso debemos indagar quiénes son esos bienaventurados de quienes dice el Señor: *Bienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*. Indica sin duda que son bienaventurados estos pobres: los que, despreciadas las riquezas del mundo y desdeñados los bienes del siglo, quisieron ser pobres ante el mundo para hacerse ricos ante Dios. Estos tales parecen pobres al siglo, pero son ricos ante Dios¹⁰; ante el mundo carecen, ante Cristo están en la opulencia.

3. Los apóstoles, los primeros, nos dieron en sí mismos ejemplo de esta bienaventurada pobreza; ellos, que dejaron todos sus bienes para seguir inmediatamente la voz del Señor¹¹, merecieron ser sus discípulos¹². Y también encontramos a este tipo de pobres en el tiempo de los apóstoles: aquellos primeros creyentes que, dividiendo todos sus bienes y posesiones, buscaron las riquezas del Señor viviendo bajo esta devota pobreza¹³.

4. Por eso también el Apóstol muestra que en este tipo de pobreza se encuentran las riquezas celestes, cuando dice: *Como quienes nada tienen, y lo poseen todo*¹⁴. Por eso, en

fin, también Pedro, cuando el cojo le pide una limosna, al subir al templo, dice: *No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te doy: En nombre del Señor Jesucristo, levántate y anda*¹⁵.

5. ¡Oh en verdad bienaventurada pobreza, que aunque no tenga ningún bien del mundo, prodiga tan grande bien desde el cielo! No da ciertamente plata ni oro sino, lo que es más que todas las riquezas, devuelve la salud del cuerpo. No tuvo ninguna imagen del César grabada en una moneda, que pudiera dar¹⁶; pero reformó en el hombre la imagen de Cristo. El Señor habla en el presente pasaje de este tipo de pobres, de los cuales da testimonio también David en muchos pasajes, cuando dice: *Comerán los pobres y serán saciados; y vivirá su corazón por los siglos de los siglos*¹⁷. Y otra vez: *Juzgará a los pobres del pueblo, y salvará a los hijos de los pobres*¹⁸. Y otra vez: *Ese pobre gritó, y el Señor lo escuchó*¹⁹.

6. De semejantes pobres enseña el Señor que es el reino de los cielos: de los que se hicieron pobres para el mundo a causa de la religión y de la fe, para poseer al opulento Espíritu Santo. O quizá también dice que los pobres son bienaventurados porque no se hinchan con ninguna soberbia del diablo, no se exaltan con ninguna ambición del mundo, sino que custodian la humildad del espíritu con la devoción de la fe²⁰. De donde dice David en un salmo: *El sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón contrito y humillado Dios no lo desdeña*²¹. Y por tanto tales pobres en el espíritu son bienaventurados ante Dios.

III. 1. Luego dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*²². Como hablaba antes de los po-

bres, así ahora de los que lloran, no llamando felices a quienes lloran con fuerza por la muerte de la esposa amada o por la pérdida de posesiones valiosas; sino que más bien llama bienaventurados a aquellos que, o se mueven a expiar los propios pecados con el correr continuo de las lágrimas o, con piadoso cariño a la ley, no dejan de llorar por las iniquidades del mundo y los delitos de los que pecan²³.

2. A éstos, pues, que tan santamente lloran, les promete el Señor justamente la consolación del júbilo eterno. También el santo David después de su pecado regó su lecho con el correr continuo de las lágrimas, diciendo: *Lavaré cada noche mi lecho, regaré mi cama con lágrimas*²⁴. Y otra vez: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras se me decía cada día; ¿dónde está tu Dios?*²⁵.

3. Y otra vez: *Porque comía la ceniza como pan, y templaba mi bebida con el llanto*²⁶. Y otra vez: *Nos alimentarás con pan de lágrimas y nos darás bebida con lágrimas abundantes*²⁷. ¿Pero quieres conocer el llanto piadoso de los santos? Escucha lo que se dice del profeta Samuel, que hasta el día de su muerte lloró por el rey Saúl²⁸. También Jeremías, cuando lloraba los pecados del pueblo, dice así: *Como ríos de agua pasaron por mis ojos, de pena por mi gente*²⁹. Y otra vez: *¿Quién dará agua a mi cabeza, y una fuente de lágrimas a mis ojos, y lloraré a este pueblo día y noche?*³⁰.

4. También Daniel se aflige con fuerte llanto por los pecados del pueblo, según lo que declara: *Y estuve llorando durante tres semanas, sin comer pan ni beber vino*³¹. También el santo Apóstol llora a algunos de los corintios con

llanto parecido, diciendo: *Iré a vosotros y lloraré a muchos de esos que antes pecaron y no hicieron penitencia de la inmundicia que obraron con la fornicación y la impureza*³².

5. El Señor compensa pues este tipo de llanto con la consolación de un gozo perpetuo, según lo que dijo Isaías: *Para dar a estos que lloran a Sión gloria a cambio de la ceniza; unción de alegría a los que lloran; a cambio del espíritu de tristeza, un manto de gloria*³³. Por eso dice también David: *Me volviste el llanto en gozo, rompiste el saco con que me vestía y me ceñiste de alegría*³⁴.

IV. 1. Después dice: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán en heredad la tierra*³⁵. Diversas son las gracias de las promesas divinas, porque diversos son los grados de los méritos. Dice por tanto: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra*. Mansos son los hombres apacibles, humildes y modestos, sencillos en la fe y pacientes ante cualquier injuria que, consolidados en los preceptos evangélicos, imitan el ejemplo de mansedumbre del Señor, que dice en el Evangelio: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón*³⁶.

2. Además, por ser manso, gozó Moisés antaño de la mayor gracia ante Dios. En efecto, está escrito de él: *Moisés era apacible más que todos los hombres que estaban sobre la tierra*³⁷. Por eso dice David en un salmo: *Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre*³⁸.

3. Muestra pues que son bienaventurados este tipo de mansos, a quienes se promete la posesión de aquella tierra afortunada, no en esta vida, sino en la futura. De esta tierra leemos que se dice en un salmo: *Los mansos poseerán la*

tierra, y se deleitarán por la abundancia de paz³⁹. Y otra vez: *Quienes esperan al Señor poseerán en herencia la tierra*⁴⁰. De esta tierra afirma el Espíritu Santo, también por medio de Salomón: *Porque los rectos habitarán en la tierra, y en ella habitarán los santos*⁴¹.

4. Muestra pues el Señor que son bienaventurados estos mansos que, siguiendo la suave mansedumbre del Señor, gozarán con la perpetua posesión en heredad de aquella bienaventurada tierra. Sin embargo habla en último término de la tierra de nuestro cuerpo, en la cual los santos, transfigurados en gloria⁴², según lo que dice el Apóstol, reinarán con felicidad eterna⁴³.

V. 1. Luego dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados*⁴⁴. No nos enseñó a buscar la justicia con un deseo sin fatiga o una apetencia de liviano ardor. Sino que indica como bienaventurados a aquellos que, para alcanzarla, como si tuvieran hambre y sed, se inflaman en las ansias de este deseo interior. Porque si cada uno de nosotros la desea como cuando tiene hambre y sed, no puede ya hacer otra cosa que pensar siempre en la justicia, buscar la justicia; porque al que tiene hambre y sed le es necesario ansiar aquello por lo que siente hambre y sed.

2. Con razón pues, quien es pan celeste⁴⁵ y fuente de agua viva⁴⁶ promete a los que de este modo sienten hambre y sed la saciedad de aquella comida perpetua diciendo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados*. Se refiere sin duda a aquella justi-

cia de la fe, que es la justicia de Dios y de Cristo, y de la que refirió el Apóstol: *La justicia de Dios por la fe en Jesucristo, en todos y sobre todos los que creen en Él*⁴⁷.

3. Y se refiere también ciertamente al Señor y Salvador nuestro, que se hizo para nosotros, según el Apóstol, *justicia, santificación y redención*⁴⁸, con cuyo deseo, como el de la comida o bebida, siempre se inflaman los bienaventurados, según lo que el mismo Señor declara por Salomón, poniendo en boca de la Sabiduría estas palabras: *Quienes me comen, volverán a tener hambre, y quienes me beban, todavía tendrán sed*⁴⁹.

4. Por tanto debemos siempre tener hambre y sed de esta justicia para merecer ser saciados con el alimento de la comida eterna. Y bien se dijo expresamente en este pasaje: *Bienaventurados los que tienen hambre de la justicia*, porque hay otros que no tienen hambre de la justicia, sino de la injusticia: a saber, los que desean el oro y la plata, que ansían las riquezas y honores del mundo y que nunca se hartan ni de las riquezas de la tierra ni de los deseos de la carne; pero estos tales no son bienaventurados sino desgraciados, porque a ellos no se les debe la esperanza de la gloria prometida sino el castigo de la condenación.

VI. 1. Luego dice: *Bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia*⁵⁰. Ciertamente que el Señor nos invita a tener misericordia a través de muchos testimonios, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. Pero nos parece que, como sumario de la fe, basta y sobra esto que el Señor dice con sus propias palabras: *Bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia*.

2. El Señor de las misericordias dice que los misericordiosos son bienaventurados, mostrando que nadie puede

merecer la misericordia de Dios si él mismo no ha sido misericordioso. Por lo cual dice en otro lugar: *Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso*⁵¹.

3. Luego dice: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*⁵². Por limpios de corazón designa a quienes, depuesta la impureza del pecado, se han purificado de toda mancha de la carne y han agradado a Dios por las obras de la fe y la justicia, según lo que explica David en un salmo diciendo: *¿Quién subirá al monte del Señor, quién permanecerá en su lugar santo? El de manos inocentes y corazón limpio que no vuelve su alma hacia las cosas vanas*⁵³.

4. Con razón también David, que sabía que Dios sólo puede ser visto por un corazón limpio, ruega así en un salmo diciendo: *Crea en mí, Dios, un corazón limpio y renueva en mis entrañas un espíritu recto*⁵⁴. Éstos son pues los limpios de corazón que el Señor muestra bienaventurados, los que, viviendo en la fe del Señor con espíritu puro y conciencia íntegra, merecerán en el futuro reino celeste contemplar al rey de la gloria *no ya en espejo y en enigma sino cara a cara*⁵⁵, como dijo el Apóstol.

5. Pues aunque ahora contemplamos a Dios con los ojos de la fe, no podemos ver su claridad a causa de la debilidad de nuestra carne; pero entonces veremos, cuando, recibida la inmortalidad y transformados en gloria celeste, comencemos a contemplar al Dios inmortal con ojos inmortales⁵⁶; y entonces se cumplirá verdaderamente en nosotros aquello que está escrito: *Como lo escuchamos, así también lo vimos en la ciudad del Señor de los ejércitos*⁵⁷.

6. No sin razón el mismo David, al mostrar la gloria del tiempo futuro en que los santos habitarán con Dios, dijo así: *Pero los justos te confesarán, los rectos habitarán ante tu rostro*⁵⁸.

VII. 1. Después dice: *Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios*⁵⁹. Pacíficos son quienes, apartados del escándalo de la disensión y la discordia, guardan el amor de la caridad fraterna y la paz de la Iglesia bajo la unidad de la fe católica; el Señor encarece a sus discípulos en el Evangelio que guarden esta paz diciendo: *Mi paz os doy, la paz os dejo*⁶⁰.

2. Anteriormente había declarado David que el Señor iba a dar esta paz a su iglesia, cuando dice: *Escucharé qué habla en mí el Señor, porque hablará de la paz para su pueblo y sobre sus santos y para aquellos que se convierten a Él*⁶¹. También el Apóstol advierte que hay que guardar esta paz diciendo: *Guardando en todo la unidad del espíritu con el vínculo de la paz*⁶².

3. Y otra vez: *La paz de Dios que supera todo entendimiento guarde vuestros corazones y cuerpos del mal*⁶³. El Apóstol enseña a los hebreos que no hay nada tan necesario a los siervos de Dios ni tan saludable para la Iglesia como conservar la caridad, como amar la paz, sin la cual Dios no puede ser visto: *Ante todo amad la paz, sin la cual ninguno de nosotros podrá ver a Dios*⁶⁴.

4. De aquí que nos convenga conservar la paz de la Iglesia con todo nuestro esfuerzo y devoción; y a aquellos que disienten de la paz volver a traerles, en lo que está de nuestra parte, a la caridad de la Iglesia, con un esfuerzo lleno de

paz y fe, siguiendo el ejemplo del profeta que dice: *Con aquellos que odian la paz yo era pacífico, cuando les hablaba me acusaban gratuitamente*⁶⁵. Con razón también en el Evangelio, en la exultación de los ángeles que anunciaban el nacimiento del Señor, se cuenta que se oyó este canto: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*⁶⁶.

5. De esta paz también dijo David: *Tienen mucha paz los que te aman y no hay para ellos ocasión de tropiezo*⁶⁷. E igualmente Isaías: *Estableceré a tus hijos en una paz abundante, sobre la equidad serás edificada*⁶⁸. En efecto, si el hijo de Dios se dignó tomar la carne y padecer para ponernos en paz con Dios por medio de la sangre de su cruz⁶⁹, entonces no hay duda que, según lo que dice el Apóstol⁷⁰, debemos ser siempre pacíficos, para merecer tener en nosotros verdaderamente al mismo Dios de la paz⁷¹.

6. Esto está escrito, en efecto: *Su lugar está construido en la paz, y su morada en Sión*⁷². Y así verdaderamente seremos no sólo hijos de Dios sino también *herederos de Dios y por tanto coherederos de Cristo*. Esto dijo en efecto el Apóstol: *Si soy hijo de Dios, también heredero de Dios, y por tanto coheredero de Cristo*⁷³.

VIII. 1. Después dice: *Bienaventurados los que sufren persecución a causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos*⁷⁴. Con razón recordó antes el Señor que había que tener hambre y sed de la justicia; y al desearla, nos enseña a tener una sed tal que por su causa debemos despre-

ciar la persecución del mundo, las penas del cuerpo y hasta la misma muerte.

2. El significado de esto se aplica principalmente a los mártires, que a causa de la justicia de la fe y del nombre de Cristo soportan las persecuciones en el mundo; a ellos se les promete una gran esperanza, que es la posesión del reino de los cielos. Los apóstoles fueron los primeros en esta bienaventuranza, y también todos los justos que, afligidos por varias persecuciones a causa de la justicia de la ley, llegaron por mérito de su fe a los reinos celestes.

IX. 1. Luego dice: *Bienaventurados seréis cuando os persigan los hombres, y os pongan a prueba y digan contra vosotros toda suerte de mal. Alegraos en aquel día y saltad de júbilo; en verdad os digo que vuestra recompensa es grande en los cielos; pues así hacían también sus padres con los profetas*⁷⁵.

2. Todo lo que puede inventar la malicia de los perseguidores contra los justos en tiempo de persecución por el nombre de Cristo, los diversos oprobios que pueden infligirse o los castigos que se pueden inferir al cuerpo, no sólo debemos soportarlo pacientemente, sino incluso recibirlo con gozo y júbilo a causa de la gloria futura.

3. Esto dice en efecto: *Alegraos en aquel día y saltad de júbilo; os digo que vuestra recompensa es grande en los cielos.* ¡Qué glorioso soportar esta persecución, cuya recompensa dice el Señor que está colocada en los cielos! Y por esto, mirando atentamente el premio de la gloria que se nos pone delante, debemos estar preparados para soportar todo tipo de sufrimiento con fe devota, para que merezcamos compartir la gloria de los profetas y los apóstoles.